

Sobre Zunzunegui

D. Elías Amézaga

Escritor

Diálogo personal con el autor y novelista con el fin de ofrecer los rasgos dominantes de su personalidad literaria.

Zunzunegui buruz

Elkarrizketa pertsonala burutzen da nobelagilearen literatur nortasuna adierazteko asmoz.

On Zunzunegui

Personal dialogue with the author and novelist with the aim of offering the dominant features of his literary personality.

Respirar y vivir era una misma cosa en Zunzunegui. Lo dijo Luis de Castresana. ¿Quién le quitó la pluma para que se ahogara? Y agrega: “Pienso que podría decirse que en el panorama de la literatura en lengua castellana es el sucesor de Galdós en su sentido más legitimista y dinámico”.

Muriéndose, de verdad, algo de nuestra intimidad se llevó consigo. Podríamos, empero, decirnos: ¡Qué descanso!, ya no va a descubrir cómo somos y lo que dijo pronto se olvidará con su memoria.

En realidad, lo que se llevó es una llave del conocimiento en profundidad. No, decididamente no queremos que se nos conozca tal y como somos sino con la carátula puesta.

En vida, ¡con qué gusto le impostáramos un bozal para que no hablara! Dijimos pestes de tal censor, se fue, siguió su eco resonando de lejos... ¡oídos a cal y canto! La cuestión ahora saber si desaparecido Zunzunegui vamos a continuar dando por válidas sus denuncias, o a decirnos una vez más que aquella sociedad finó y nada nos va en el envite.

Me da grima decirlo. Ignoro en concreto quiénes son los culpables de tal abandono, pero intuyo que no andarán lejos banqueros y adelantados de la economía, dueños de los medios de comunicación. Más. Previo a este centenario invité a dos profesores de una universidad cercana a conmemorarlo. Me dijeron que apenas sí le recordaban. No me asombra que ni en su pueblo se le distinga y, sin duda, más de uno se extrañe de ver en su tumba el ramo de flores que le pone cada año su paisana María Antonia López-Lusarreta.

Sería de agradecer que uno de sus contemporáneos, al menos, le echara en falta; como no va a ser así, como siempre que se critica se refieren al vecino, nuestro muerto cumplió con el deber de decir en voz alta lo que veía y nosotros con tapiarlo en vida. Vasco, burgués, de derechas, hijo de pudientes, cristiano, vizcaino de pro, la resultante de todo esto no va a ser necesariamente la religiosidad, el patriotismo, los negocios. Va a recorrer una senda áspera, y por gustarle las letras, a oír “Ya se le pasará. A su tío también le dio por tales chifladuras. Esto cae bien de joven... Con que a serenarse, tomar las riendas de los negocios, y a vivir”.

Días ha quise pasar un rato con el novelista. Como si viviera. Sentirle junto a mí con su pálpito de hombre curioso que anota todo cuanto ve a su alrededor, formas de un rostro, el panorama, una palabra de argot. Podría ir a visitarle al camposanto, dar una llamada de teléfono a sus familiares al objeto de evocarlo.

Cogí uno de sus libros, *¡Ay, estos hijos!*, y topé con rasgos de su existencia. Quizá la anécdota no sea la misma, sí el ambiente. Se da una transparencia de Zunzunegui a través del personaje central de la novela, Luis Larrínaga. Aquél tiene seis hermanos, éste unas cuantas tías, abuela y madre. Ambos se educan en un hogar pío, más que jesuítico, casi jansenista. Aquél estudia en Orduña,

éste en el Insti, vigilado por un sacerdote. ¿De qué se trata? De hacer un hombre como Dios manda para la vida eterna.

Más poético el personaje cuando en el chalet de Alameda de Mazarredo de Bilbao, pegada la frente al cristal, ve en los anocheceres el desovar en la ría de las luces de sus orillas. “Alguna latía verde o roja de situación de los barcos atracados, entre el membrillo salpicado y pálido. Y la lluvia cosiendo casas a barcos, barcos a almacenes. Y el agua muerta y como muerta del canal espolada por los rejonos temblorosos de los faroles”. En realidad, Zunzunegui se viene a la Gran Vía y por detrás de una galería inundada de sol ve el circo de madera del Ensanche de trágico sino, y el caserío de Luciano, por donde corren ratas como conejos.

Y su gran personaje: la madre. El temor de ésta de que el hijo llegue a parecerse al padre. El dómine da latín y le sigue por doquier. A la buena señora le disgusta que la digan que en el físico cada vez se parece más a su progenitor. ¡Ah, si fuera chica! Las chicas están más en casa, acompañan. ¿Qué será de él? Se percata de que un día lo perderá. Todas las mañanas lo encomienda al Señor en la Misa. Le alistan a los kostkas. ¡Cuánto recuerdo! ¡Cuánta promoción de bilbainos pasamos por allá! Pero este Larrínaga-Zunzunegui, un metete, hace de monago, un día se traga las vinajeras, le conducen a casa. ¡Como su padre, qué horror!, grita su madre. Le ve crecer y le miden y quedan cortos los trajes y su voz se viriliza. Primer libro, primera mujer. Universidad. ¡Ah, si pudiera plantársele!

A correr por el mundo. Dios mío, qué agobiante tanto paisaje. Montes y montes y cielo chato y lluvia... Y vuelve. Pero ya no el mismo. En uno de sus Cuentos, en aquel puerto de mar protagonizado por dos escritores, María Pilar García Madrazo le pregunta cuál de los dos era él. Él era aquel que abandonó el pueblo y a su vuelta envidia al otro, al que además de escribir creó una familia.

Juan Antonio rehusó este monótono porvenir. Empezó un peregrinaje más largo que del Abra a París, por una ruta estrecha como de senda entre montes, ese tránsito de silencios y oscuridades, la del periplo de Elcano, por el que marchan los que sueñan desde que se van con el retorno. Su pluma húmeda y sin pausa escribió páginas, resmas de papel, toneladas. Con referencia a lo que conoce, desafiando tartuferías, falsas vizcainías, burguesías corruptas, modos de vivir vanos, dolores ocultos de esa otra parte de la sociedad que sufre, y cuando se queja no se la oye. Y escribe de casa, de nuestro Bilbao, de los márgenes de la ría, del Neguri de ayer.

Estas cosas no se perdonan. Juan Antonio fue perdiéndose crematísticamente. Malvivió al fin de su vida con poca holgura, con necesidades, no de la caridad, porque era demasiado orgulloso para tener que dar las gracias a nadie, sí de cortos ingresos de autor o académico, de mínimos dividendos cada vez con más recorte.

¿Qué queda de él? Su obra. Vamos a procurar leerla. Ya no acusa. Y en cualquier caso digámonos: “Se refiere a los otros”. Palabras suyas: “Uno es hijo de su cielo y de su paisaje. Viste el alma de los ojos que han nacido bajo él. He llevado siempre este cielo domador e impetuoso en mi retina”.

Llamándonos hijos del tal Empíreo lo vimos arder en los aires, fognazo noctámbulo sobre los Altos Hornos en su destello de mancha de sangre abriéndonos en haz a las alturas. Y por ser así los pinceles constructoristas montaron sobre grúas, fijando su atención en las chimeneas-lanzas que desgarrarían los celajes de su velo en un amanecer de brumas. Algún artista –él mismo– llévalo dentro desde niño. Lo ve desde su terraza portugaluja y cuando el dantesco esplendor se le hunde en los ojos acógese a las faldas de su madre. Años después, de vuelta ya de otra latitud, lo vería marinero y fabril, turbio y maloliente. Y aquel aguaducho que baja por la ría y que avanza poco a poco hacia la desembocadura. Él también pinta en la epidermis listada del alba con los tonos azul-verde-añil, con la espátula hundiéndose en un chocolate espeso.

Desciende de lo alto por crestas desmochadas y ocre, por muelles carboníferos, brillantes, ve cómo en ambas orillas su ría discurre mansa... y cuando sobrecoigido o deslumbrado siente cómo le azotan las sienas, y quizá miedo, y cuando como ahora se le borra el cielo y el paisaje se agrieta, él siente otro miedo, la sombra de su madre que una vez muerta ya no vendrá a susurrarle:

–Vamos, hijo, ve a la cama, es tarde y mañana no habrá quién te levante.

¡Ah, si ese cielo tuviera al menos un agujero! Sobre el astro más lumínico, allá estará su madre aguardándole, aquella santa mujer que gratificaba a su hijo cuando iba a comulgar.

¡Cuántas veces habrá recordado esta simple frase! A Juan Antonio marcó su origen. Vivió pendiente de los suyos. Los quisiera o no, escribió pensando en ellos, confiando en hacerse íntimo de los que le amaron, y también, por qué no, de todos aquellos que dudaban de su valía artística, llamándole señorito, los que se decían viéndole de aquí para allá cuánto dinero costará esto a sus padres.

Ahí queda su obra. Cuarenta novelas de gran tonelaje. Su vida pudo finir como empezó, dando la mano a su progenitora, en una escena parecida a la de *¡Ay, estos hijos!* Aquella madre, ¿la suya? Aquel hijo, ¿él mismo? al que suben muy grave sus sirvientes a su casa. Y ella:

–Hijo, acuérdate de Dios y encomiéndate a él.

Y él:

–Soy demasiado pesado para subir al cielo.

Pero vamos a decir la verdad, cuando este guía se fue, ¡qué a oscuras quedamos los demás! Soledad tocando con vacío, dolor entremezclándose con

impotencia. Nada pudimos hacer. Ni siquiera esperar porque, desengañémonos, no se nos aparecerá en ninguna esquina y es inútil aguardar contra toda esperanza.

La pérdida de Juan Antonio Zunzunegui o Zalacaín, como firmaba en prensa, fue la desaparición de un mentor estético, la de un ejemplar irrecuperable. Yo no fui íntimo de Zunzunegui. Le traté poco. Y tarde. Me sentí muy a gusto a su lado y yéndose lo que más lamenté no haber podido estar más tiempo junto a él, no ir con Castresana a más de una cita de consulta con el escritor, no haberle podido servir cuando quiso que la colección de la editorial Ediciones Vascas, que yo dirigía, culminara uno de sus proyectos. No por mi culpa. Eso dependía de sus dueños. El proyecto que siempre acarició fue reunir en un sólo volumen *Cuentos y patrañas de mi ría*. Puse a unos y otros en comunicación y ahí dio fin mi tarea, bien que recomendando a los dueños que lo publicaran. Sé que la imprenta de Bilbao la compuso del todo, y todavía ignoro qué sucedió en último término para que no se plasmara semejante propósito.

Por otra parte, me satisfizo colaborar y muy decisivamente, por cierto, en la celebración del homenaje que tributamos Ortiz Alfau y yo a su persona, en Bilbao, en 1980. El último. Y no sólo eso. No recuerdo que se lo hicieran en Madrid. Si acaso al ingresar en la Academia. Tenía muchos enemigos. Pese a que una buena parte de su obra se dedicara a la capital del Estado. En el nuestro, Zunzunegui ya estaba tocado de Muerte. No se le hizo más. Casi diría que se le olvidó y como si quedáramos a la espera del triste evento. En mi conferencia sugerí su nombre para Doctor Honoris Causa de nuestra universidad, pero ahí quedó la cosa, sin más.

Aquel día nos dijo que un hombre con vocación creadora tiene que dar repetidas gracias a Dios. Y lo dijo en una coyuntura poco propicia como la actual para la creación artística. Y lo dijo porque un hálito de Dios llevaba en sus venas al ir creando su obra durante tantas horas de su muy solitaria existencia. Zunzunegui era un hombre feliz porque pudo retorcer al destino que otros querían para él y edificar una vida propia y singular en el desierto, su desierto artificial, oasis para grandes espíritus, enriquecido para él y los suyos por unos pocos de su intimidad, levantado en medio del mundo.

Finalmente se me antoja, pues, y lo dije entonces, que falta esa biografía que lo examine desde casa. En vida. Que se pueda corregir. Que le comprenda. Que le glose con conocimiento de causa, que si Zunzunegui es neologista se debe a que en nuestra villa confluyen el euskera, el español, el argot bilbaino y aun el marinero. Que si es un gran dialogante atribúyasele a que se ha podrido muchas horas aislado, en ambiente hostil a su quehacer, dialogando consigo mismo en su alcoba. Y si en ocasiones produce efectos ópticos es porque va en busca de otra dimensión que penetre por nuestra retina con más ímpetu. Él escribe como las olas. En los huracanes con su nave

(todas sus obras según él son naves) cuenta las mareas, y entre dos arriba a puerto. Acomete y descansa. Le pasa a más de uno de nuestros contemporáneos. Se sobrecargan de ideas. Al transcribirlas han de apoyarlas en silencios si hablan, en espacios blancos si lo escriben. Y es que los sucesos los apiñamos en cuanto pasan por nuestro magín y los repescamos para que no se nos escapen. Luego, al leer lo nuestro, nos fatiga, es película muy célere. No es cosa, por otro lado, de prescindir de su contorno, de un color, sobre todo en nuestra ribera entre mágica y real, en transformación constante de elementos artificiales, como de escenarios en mutación. Ni un sólo detalle que no debe figurar en la descripción. Lo que hacemos es tomar un lienzo de grandes dimensiones, él concretamente espaciar su escritura. Y que si Zunzunegui es trópico como ninguno, y sus metáforas son, como apunta uno de sus críticos, chispazos que nos hieren un instante la retina con su luz deslumbradora, no es precisamente por epatar y salirse de lo anodino, sino sencillamente porque ha sabido ver en la niebla de la ría, entre los objetos que son y parecen, esas imágenes temblantes, velosas, de un amanecer calígine y el humo de unas chimeneas que incensan al cielo.

Detengo aquí este mínimo *flash* a su personalidad literaria.